

---

LOMBA, PEDRO

*Teo-racionalismo. Ensayo sobre la metafísica de Cartesio*, Madrid, Guillermo Escolar, 2023, 265 pp.

La historia de la filosofía ilustrada —prolongada como filosofía de la historia hegeliana— consiguió colocar en el ideario colectivo la tesis dominante según la cual la modernidad supone el advenimiento de un tiempo radicalmente nuevo, de una epocalidad filosófica que rompe con la cosmovisión religiosa e inaugura la era de la ciencia y de la razón. Dicha tradición ve en Descartes al “padre” de la nueva filosofía al situar en el *cogito* el retorno del hombre hacia sí mismo, alumbrando el nacimiento de un pensamiento independiente de oscuros poderes trascendentes y abrir con ello la vía que lleva a la secularización.

Lomba se aparta de esta idea y defiende que el componente ideológico de la filosofía cartesiana le llevó a combatir toda forma de libertinismo, de manera que su metafísica —calificada como *teo-racionalismo*— se alzaría precisamente como un firme bastión frente a cualquier forma de secularización. Este baluarte defensivo habría consistido en la construcción de un saber racional sobre Dios y el hombre concordante con las verdades cristianas y tendría como eje la creación de verdades eternas por un Dios que es causa eficiente de todo y fundamento de toda racionalidad (ontológica, científica y ética). Esta teo-metafísica que se sustenta en el Dios uno, simple, omnipotente y perfecto puede explicar las peculiaridades de la antropología cartesiana, y defiende que la excelencia del hombre, ser imperfecto, se alcanza al obedecer libremente a su creador, de modo parecido a como el buen súbdito obedece a su soberano.

Para combatir todo lo que puede poner en peligro estas verdades fundamentales acerca del hombre y de la sociedad (concretamente, el libertinismo y el escepticismo) Descartes habría renunciado a las herramientas utilizadas por la apologética medieval y renacentista, escogiendo otros recursos más acordes con las exigencias de los nuevos tiempos. La apologética racional cartesiana habría proporcionado el entramado intelectual en el que se librarán las principales polémicas de los siglos XVI y XVII, de manera

que la toda filosofía moderna vendría a ser una revisión crítica de las tesis cartesianas, y/o, en los casos de Hobbes o de Spinoza, una desteologización suya. Pedro Lomba piensa la modernidad como la coexistencia de dos temporalidades diferentes: una moderna y científica, presente en las evidencias racionales matemáticas y físicas; la otra metafísica, que buscaría fundamentar la ciencia y toda posible racionalidad en el Dios creador de las verdades eternas. En Descartes ambas se habrían dado unidas, al asentar su sistema del saber en principios metafísicos, concretamente en esas verdades eternas que son creación de la absoluta potencia divina (p. 43). Su filosofía resulta ser entonces la máscara bajo la cual se esconde en realidad una teología (p. 45) cuyo contenido no contradice los dogmas fundamentales de la religión.

Tomando como eje las verdades eternas, el autor estructura el libro en dos partes. La primera parte titulada “Metafísica e historia” argumenta esta hipótesis fuerte acerca de la racionalidad cartesiana, pues siendo una tesis de temprana aparición (y a pesar de su elusividad), la doctrina de las verdades eternas estará presente en todos los momentos clave de su producción filosófica. Ya en época temprana la correspondencia de Cartesio con Marin Mersenne (1630) habrá influenciado la orientación apologético-racional de su filosofía. Sin embargo, aunque con un mismo propósito, los instrumentos intelectuales utilizados por el fraile mínimo y por el filósofo son diferentes. En Descartes, es el rodeo a través de la potencia ordenada de Dios lo que explica la racionalidad del mundo y del alma humana. Se despliega así un recorrido argumentativo cuyas etapas más destacadas son el innatismo de las verdades eternas, la excepcionalidad de la idea clara y distinta de Dios (p. 97) y su fecundidad deductiva, así como también desvela el Autor el papel retórico que imágenes y metáforas desempeñan paradójicamente en el discurso cartesiano.

La construcción del saber teo-filosófico es el objeto de la segunda parte del libro titulada “Teo-racionalismo”. En ella se atiende a la dinámica de las verdades eternas y de la idea de Dios en la metafísica cartesiana para despejar toda sombra de duda, con ayuda del *cogito* y de los principios de no-contradicción (que le permite distinguir radicalmente a Dios de las creaturas) y de causalidad (que

explica que la idea de Dios es causada por Dios mismo) (p. 119). Esta metafísica racional se presenta en Descartes como monoteísmo absoluto frente a los dioses “menores” de los epicúreos, escépticos y ateístas. Pues Dios, creador del mundo y del hombre, es al mismo tiempo el garante y el fundamento “arracional” de la razón humana (p. 147; p. 170) —al poner en su mente la idea de Dios—. Por esa razón, aunque los milagros quedan excluidos de la perspectiva cartesiana, la vía abierta por el filósofo facilitará la interpretación racionalista de la Biblia al modo de Ludovick Mejer (p. 145).

Particularmente filosófico y brillante resulta el capítulo 7 consagrado al estatuto ontológico del hombre como sustancia creada. Subraya el autor que el concepto cartesiano de sustancia se acomoda a la noción aristotélica, si bien es trabajado desde dos lógicas complementarias que excluyen la univocidad de manera radical: la lógica de la analogía (que hace de la sustancia el sujeto) y la de la equivocidad (que hace de la sustancia una realidad autónoma). La analogía opera de manera metafórica tal como se hace valer en las *Meditaciones metafísicas*, mientras que la equivocidad es aplicada de manera selvática en los *Principios de filosofía*. De ahí se sigue que el hombre cartesiano es análogo a Dios por el *cogito*, pero que al mismo tiempo el libre albedrío de su voluntad —aun siendo infinito— es moralmente imperfecto, lo que establece la equivocidad entre el ser de la criatura humana y la *absoluta* libertad de la voluntad divina (p. 198, p. 205). Esta doble lógica de analogía y equivocidad con la que juega Descartes le permite explicar el error humano como una desproporción entre su entendimiento y su voluntad. En este sentido resulta indispensable examinar la evolución de la reflexión cartesiana sobre la libertad desde las *Meditaciones* a la correspondencia de los últimos años con Isabel de Bohemia, con Chanut y con Cristina de Suecia. Pues en ese epistolario Descartes hace culminar el recorrido teórico acerca de la libertad con el buen o mal uso que el hombre hace de ella (p. 220; p. 236), resultando dicha escurridiza noción una categoría imprescindible para comprender en qué sentido las cuestiones morales en Descartes son el fruto final de su metafísica (pp. 234-235).

El informe final del libro completa la apuesta del autor, conocedor acreditado de las tradiciones ateístas del siglo XVII (Cfr.

*Márgenes de la Modernidad. Libertinismo y filosofía en el siglo XVII*). En él dibuja un recorrido que lleva desde la racionalidad cartesiana al racionalismo absoluto de Spinoza y a su rechazo de la teo-filosofía. Y se conjetura la ausencia de una ciencia política en el sistema cartesiano por imposibilidad intrínseca, pues filosofía y política, enfatiza el autor, resultan ser excluyentes.

Además del índice, el libro ofrece una generosa y justificada selección de pasajes textuales traducidos por el propio Lomba, una bibliografía final selecta y ordenada, y 247 notas. En ellas se hace referencia a la edición de AT, se incluyen textos paralelos, se ofrecen comentarios útiles y se confronta lo argumentado con otros estudios y monografías. El presente libro consagra a Pedro Lomba como un especialista en el pensamiento del siglo XVII, y su innovadora propuesta se lee con verdadero placer.

María Luisa de la Cámara

MariaLuisa.Camara@uclm.es

Universidad de Castilla La Mancha

DOI: <https://doi.org/10.15581/009.57.2.013>